

Un amigo me contaba que entre sus parientes existía un tío muy singular. Negocio que establecía, negocio que se iba al suelo, y allá debía ir la familia a sacarle del atolladero.

--Es un soñador -- me decía --, pero un curioso soñador. Lleva en su cara la estampa de la inocencia, pero no es tan inocente como parece. En una ocasión sucedió lo siguiente: trabajaba él en un aserradero, propiedad de otro tío mío, y estaba entregando madera. Un sujeto de muy malos antecedentes, cliente del establecimiento, medía las piezas que se iba a llevar y dictaba: tantos pies, tantas pulgadas, o lo que fuese. Mi tío, sin decir chus ni mus, apuntaba. Escandalizado de su aparente buena fe, me acerqué a él y le pregunté: "¿No temes que este hombre te engañe?" Sonriendo, me preguntó, a su vez: "¿Y tú crees que yo apunto lo que él me dicta?"

He recordado esta anécdota al leer, en diarios y revistas, las denuncias que se hacen sobre las actividades nazis en España y al observar el obstinado silencio que sobre esos hechos mantiene Mr. Churchill, quien no sólo no ha atacado al gobierno español sino que, peor aún, ha llegado hasta defenderlo. No ignoramos que a Mr. Churchill no le interesan los pueblos sino los gobiernos, mucho mejores mientras más fuertes -- aunque los pueblos revienten bajo ellos --, pero una cosa es un gobierno de quien el Imperio Británico no tiene nada que temer y otra muy diversa es uno del cual se sabe que está en inteligencia con el enemigo.

¿Por qué ese silencio y esa actitud en un hombre que está enterado, como ninguno, de lo que ocurre en el mundo?

La respuesta a esta pregunta no será dada sino dentro de algún tiempo, talvez el mismo tiempo que se ha necesitado para responder a las preguntas que se suscitaron con respecto a Mr. Chamberlain, quien, a pesar de su cara y de su aspecto de inocente, resulta ahora que no lo era tanto como parecía. Firmó en Munich, pero firmó sabiendo lo que hacía: salvar, en

ese instante, al Imperio Británico, desarmado y asustado ante el poderío militar nazi. Había que ganar tiempo, aunque el mundo se riera de sus paraguas y su nombre llegase a ser sinónimo de ingenuo o de estúpido.

Porque en estos asuntos de política internacional siempre hay alguien que hace el papel del comprador de maderas y alguien que hace el papel del tío de mi amigo. ¿Quién creará a quién o quién engañará a quién? No se sabe sino mucho después, pero, entretanto, cuánto dolor y a veces cuánta sangre corre a través de esos años de espera.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©